

Toda la correspondencia al Director.  
Precios de anuncios, según tarifa.  
Prohibida la reproducción de originales excepto consignándose su procedencia. No se devuelven éstos, ni se mantiene correspondencia acerca de los mismos.  
Redacción y Administración: San Agustín, 1.—Teléfono, 3  
ADMINISTRADOR LOS SÁBADOS  
Administrador: Jesús Gómez Rodríguez  
Suscripciones: Un mes, 0'50 ptas.—Un año, 5 pesetas

# La Tierra Hidalga

PERIÓDICO INDEPENDIENTE

Literatura, Ciencias, Arte, Crítica, Informaciones

NUMERO SUELTO: DIEZ CENTMOS

AÑO II.—NUM. 48.

Director: MANUEL CAMACHO BENEYTEZ

ALMAGRO 16 FEBRERO DE 1924

Redactor Jefe: DAVID RAYO

## CANTERAS DE ENERGIA

### LA LITERATURA DE ACCION

La Humanidad se ha engrandecido; se ha formado un nuevo ideal de civilización más amplio, más fraternal, más verdadero, y lo realizará, no sólo creando lo que para ella le falta, sino destruyendo lo que a ello se oponga.

MALATO.

El poeta Carlos Baudelaire, que siempre proclamó la supremacía del arte literario sobre los demás artes, asegurando que es "más rico en ritmos que la música, más abundante en matices que la pintura, y más dueño de las líneas que la estatuaría", se expresaba, aconsejando a Cladel, de esta manera: "El escritor es el hombre por excelencia, el gran obrero. Al escribir dibuja, pinta, graba, burila, esmalta, pule, esculpe, ama, odia, lo hace todo, no haciendo sino una cosa: llena sus diversas funciones, ejerciendo una sola... Es lo universal, es, en fin, entre los artistas, el Rey." En la literatura, ciertamente, aunque muchos lo ignoren y algunos lo duden, radica el motor de las mayores fuerzas y el faro subyugante de los mayores esplendores. En la literatura, bajo la múltiple variedad de sus géneros, bajo la magia de sus irrisaciones tentadoras, se contienen las fecundas inquietudes del progreso de los pueblos...

Existen en España una multiplicidad de cuestiones, a cual más complejas y a cual más urgentes, que reclaman una atención unánime, un decidido empeño en la resolución inaplazable de las mismas. La tarea expositiva de perfeccionar un índice acabado de las mencionadas cuestiones, nos llevaría un tiempo y un espacio de que no podemos disponer, si pretendiésemos siquiera esbozar globalmente su examen en los reducidos límites del campo periodístico; en anteriores artículos hemos destacado varios de estos extremos o asuntos conforme a las exigencias del momento, e igualmente en trabajos sucesivos iremos delineando los cauces en que deban a nuestro juicio tener orientación aquéllos, según la oportunidad o circunstancias inherentes a cada caso. En muchos de los temas por nosotros tratados tuvimos la satisfacción de observar que la obra del Directorio coincidía con el sentido exacto, aunque menos amplio, de nuestras apreciaciones y argumentos. Las recientes medidas del Poder público, subordinadas al problema de la tierra, en iniciación de su ensayo, confirman plenamente la autenticidad de nuestro aserto.

Ponen las anteriores razones de relieve que la visualidad de LA TIERRA HIDALGA, en armonía con las reformas patrias, sus orientaciones doctrinales, su idealidad, su espíritu, su "literatura", no han sido, son, ni serán nunca, un concierto amorfo o negativo de elucubraciones preciosistas y de exaltados arrebatos visionarios... Eso nunca; nuestras espirituales ansiedades por una España más "entera", por una Mancha "viril", nuestras fantasías, nuestros irrisos, nuestros sueños, poseen un fondo enardecido de palpitations vivientes, de fiebre inconocasta, de morbidos anhelos y de "humanas" impulsividades, que nos encienden el corazón en una llama trémula de mágicos fulgores... Más categóricamente expresa-

do; quieren decir estas palabras que, en toda hora y en todo instante, procuramos que nuestra pauta periodística, nuestra literatura predilecta, tenga casi siempre un sólo objetivo, una sola finalidad y un sólo fundamento: la acción!

Antes, ahora y siempre, experimentamos una invencible repugnancia hacia ese "plantel" funambulesco de escritores, relamido e incoloro, divorciados de la pujante efervescencia, del valor instintivo, de la acometividad vibrante, del profundo desasosiego—ávido de espléndidos amores—que debe inspirar toda la obra de los literatos y de los poetas inadaptados a los moldes de servilismos y de indignidades, de sanchopanescas digestiones y de rutinas vergonzantes, que pugnan por estrangular cínicamente la noble escala de impulsos generosos depositada por la invisible mano del Destino en el espíritu maravilloso e insaciable de los eternamente consagrados a un culto magnífico de perfección y de bondad, a una potente irradiación de vida colmada de anhelos generosos, de prodigiosos estímulos, de desprendidos homenajes íntimos por una Humanidad más humana, por unos hombres más capaces, más libres, y más hombres!

Nada más fácil que establecer una relación clasificada de los literatos que, en la totalidad de sus producciones y estilos mereciesen figurar entre los cultivadores de la acción literaria a través de sus escritos, lo mismo en el libro que en la prensa, y los que no fueran acreedores a ese honor... En la categoría correspondiente a los primeros, podríamos citar una cifra abrumadora; son estos los escritores flexibles, ágiles, audaces, anticontemplativos y rebeldes; baste mencionar algunos nombres: Cervantes, Shakespeare, Costa, Zola, Proudhon, Marinetti, Blasco Ibáñez, Mantegazza, Lenin, Dorado, Guerra Junqueiro, Dicens, Giner, D'Annunzio, Rosa Luxemburgo, Nietzsche... De los otros, de los escritores angulosos, rigoristas, contorsionados, dulces, opacos, insubstanciales y "sensatos", es preferible no detenerse en reseñarlos... Constituyen una legión innumerable, cuyo sólo recuerdo nos aterra.

Nos aterra y nos apesta... No podemos con el empaque pedantesco de tales "literatos" literatos gafninos, vacíos, presos en un "modo" afeminado y hueco, a saber: desmayos de intelectualizada quintaesencia, almiradas empalagosidades de soporífera insipidez, insomnios patológicos de vanas sutilezas, frases de manidos artificiosos cual retales de abigarrada percalina, prurito obsesionario de adjetivaciones luminosas como fugaces luces de bengala en días de festejos puerberinos, pensamientos de vulgares incoherencias, vocabulario estúpido de pista de circo o de tablao de Guñol, ideas de falsos relieves, de falsa substancia, ideas sin ideas, sin savia de alma, sin jugo de pasiones

nobles, sin impulso de nervios ni de sangre... [literatura, en suma, de purpurina, de ritmo algodonado y senil, descoyuntada y parálisis... [Literatura sin "valor de vida", sin brillantes de espíritu: toda hecha de cobre...]

En "El hombre de sesos de oro", sintetizó muy atinadamente Daudet la peculiar característica de los hombres de "sesos de cobre", enfatuados galeotes de una literatura "egregia", enladrillada en una "forma" convencional y utilitaria para las exigencias "materiales" de sus estómagos fútiles, que suelen contemplarse embebidos tras los cristales brilladores unas gafas rutilantes... Tal casta de hombres nos es muy conocida, muy dolorosamente conocida... Nosotros, que tuvimos siempre el cuidadoso esmero de ejercitarnos en el clásico principio del "nosce te ipsum" teníamos la disculpable pretensión de conocer también "un poco" a los demás, considerándonos capacitados para "fichar" a los mequetristas de la pluma en el despreciable casillero de un egoísmo destampado y absorbente, que esclavizaba sus mejores frutos cerebrales al mezquino amasijo de una literatura enteca, sofisticada, "párida", empleada para la "fabricación" ventajosa de una estética pobre, amanerada y cursi. La literatura—dice un ilustrado escritor de nuestros días—es la palabra en "acción", la palabra "moviéndose" en la vida "real", no en estado de inventario ni de desarticuladas e inertes piezas anatómicas... [La acción compenetrativa y eficaz, incansable y dura, para plasmar en concretas realidades los postulados del futuro... [La acción gallarda, horboteante de vitalidades, recamada de ensueños... [La acción en apoyo decidido de los que sufrieron injusticias, de los que no pudieron desbordar su indignación, de los que cumularon en un fuerte amor romántico extensivo a todo el universo, de los que en los breñales de la lucha se dejaron la carne hecha jirozas, de los exaltados que vieron derruidas las fortalezas de su fe, de todos los sacrificados de ventura, de todos los borrachos de ideal...]

No cuenta España con la sensibilidad cívica, con el sentido de evolución política y exuberancias morales que las restantes naciones centro-europeas; no tiene España la agilidad de aclimatación indispensable a las grandes transformaciones de los tiempos. Y hace falta—una falta rabiosa—espolear su carne aletargada, herir sangrientamente sus ijares, como haría un jinete oportunista con una liebre lerdá, para que se rompa el "hechizo" de su sensorio adormecido, y poder descubrir así las vetas vírgenes de sus profundas canteras de energía... Y hace falta también—una falta igualmente inaplazable, desesperada, rabiosa—que el tesoro de esta fragante energía se aplique con una fina percepción de las más hondas exigencias nacionales y en las "dosis" que los acontecimientos aconsejen...

No atravesamos días en que pueda derrocharse el tiempo en torneos de cátedra o en analíticas disertaciones de academia... Es la acción la que urge... Y por ello nosotros generalmente, y hasta el límite "hoy" factible, cultivamos desde estas columnas, que son nuestro palenque, una literatura sujeta a esa tesis...

[Una literatura de fuego y de martillo!]

Manuel CAMACHO BENEYTEZ.

## DE LA VIDA NACIONAL

### Meditaciones sobre el ambiente

Hace ya más de un mes publicó *El Sol* con el título de "Sobre la vieja política" un valioso artículo del profundo pensador español D. José Ortega y Gasset, un magnífico estudio de la vida, de los hechos, de la psicología española, un estudio, en el que su autor, con sinceridad y energía, ponía al descubierto las verdaderas causas de la decadencia española de los últimos años. A los pocos días y en el mismo diario, Luis Araquistáin venía a decir que no aceptaba la tesis que Ortega y Gasset exponía, que entre una tesis optimista y otra pesimista, prefería aquélla [como sí ante una realidad, y una realidad inexorable, cupiese disyuntivas! Una de las conquistas de que más puede vanagloriarse nuestro siglo en materia filosófica, ha sido la de borrar la vieja idea de reformar el mundo con el *debe ser* (toda la tradición filosófica de las dos últimas centurias) y aprender a considerar las cosas *como son*. Los sueños de Kant y de Rousseau se han desvanecido en nuestro tiempo.

El profesor Ortega y Gasset dice en su artículo—una continuación de "España invertebrada" el mejor de sus libros, con exclusión de su reciente ensayo "El tema de nuestro tiempo"—que se viene hablando de vieja política, casi siempre con gran desconocimiento de lo que la vieja política era, y señalar como responsables de nuestra decadencia a unas cuantas docenas de hombres funestos, cosa esta última en parte verdadera y en parte falsa.

De nuestras desgracias—se ha dicho tantas veces—son culpables los políticos que reunidos en monstruosos oligarquía no daban participación al pueblo en la gobernación del Estado. En España—se ha dicho también—el régimen democrático no ha fracasado, porque no se ha instaurado nunca. Bien está que tengan estas opiniones los que creen que todas nuestras desdichas son el mayor o menor déficit en el presupuesto nacional—disculpados de Ad. M. Smith?—o que tenemos demasiados soldados en África y que disminuyendo aquél y abandonando ésta, sería España el más delicioso de los edenés. Pero los que consideran algo más profundamente nuestra situación, no se contentarán con tan poca cosa, con tan pocos hechos y con tan pocos hombres...

Si serenamente contemplamos la realidad "histórica" es cierto que desde hace mucho tiempo, quizá un siglo, no ha existido en nuestra tierra un fuerte estado de conciencia en cuanto a las ideas. Con la muerte de Riego—aquél héroe romántico que encarnara la libertad—y el grito abyecto del populacho ante su cadáver, súnesse España en un letargo, solo pocas veces y muy fugazmente interrumpido, y escasos son los hombres—Pi y Margall y quizá Castelar—conscientes de sus ideas, y así la decadencia—que Costa derivaba de varios siglos antes—siguió su proceso, lento e inexorable... La instauración de la República apenas si representó lo que en cualquier tiempo un cambio de gobierno, pues muchos de sus hombres fueron antes monárquicos y lo fueron también después. Con sobrada razón dijo Cánovas que "iba a continuar la Historia de España"; se le olvidó decir que al continuar la Historia, iba a continuar también la decadencia... Y vinieron los políticos—ya antes los habíamos padecido en abundancia—y el pueblo, entusiasta siempre, los acompañó con su aplauso... No data sólo de los últimos cincuenta años la depauperación nacional.

Yo no digo, como el eminente profesor de filosofía, que la grey política fue lo más florido del antiguo régimen, al contrario, los creo execrables, por haber contribuido a nuestra decadencia, o al menos, no haberla contenido...

Muchos fariseos, que deben su posición a los caídos, se han puesto a gritar a los cuatro vientos que quieren justicia—¡ah si la justicia alcanzase a todos!—; muchos periódicos cuyas empresas se fundaron y sostuvieron, gracias a los bolsillos de algún político, chillan jubilosos... Pero frente a éstos, estamos muchos, que creemos, precisamente por no habernos entusiasmado antes con nadie ni pertenecer a ninguna "g. madra política", como decía Unamuno, que no son solos los políticos los culpables, y el Directorio, con algunas de sus medidas, nos viene a dar

la razón... No eran sólo los políticos los que claudicaban; era además el juez que se enredaba en negocios vergonzosos, el empleado que no cumplía con su deber, el industrial que estafaba y el comerciante que envenenaba al público, el catedrático o maestro incompetente y el estudiante ignorante y vicioso; era, en fin, el municipio, la más legítima muestra del estado de una nación o de un pueblo, cubil de caciques y vidvidores; era el pueblo que descaradamente vendía su voto en las elecciones... Toda esta obra vergonzosa y cínica no la han hecho, no la pedían hacer aunque quisieran, unas cuantas docenas de hombres; era todo el pueblo, este bendito pueblo que ahora chillá y se desgafita y no hace un año reñía y se mataba por el mejor postor; éramos todos, y en todos los oficios, los que faltábamos al deber, y el pueblo, que ahora abomina de la política y que antes se proclamaba entusiasmado *lopecista* o *rodriguista*, no pudo, porque no quiso, sacudirse de tan nefasta carga, no tuvo un gesto patriótico de civismo, no hizo caso a los hombres del 98—Unamuno, Azorín, Maeztu, etc.—que abominaban de la política. ¡Cuán escasos son los gestos gallardos, y cómo se les ha abandonado! Ahí está de ejemplo sangrante el caso de Rusia, cuyos súbditos han logrado domar el más bárbaro despotismo, luchando valerosamente durante 96 años; pero es que allí, los más exaltados anarquistas—Bakunin, Vasilier, etc.—tenían el entusiasmo del apóstol; en España solo hubo en ocasiones asesinos aselariados... Compárese a la idealista juventud estudiosa de Petesburgo y Kazan con la de nuestras Universidades y se verá la enorme diferencia a favor de los rusos; allí faltos de recursos las más de las veces tenían como únicas preocupaciones la ciencia y la patria, aquí con sobrados recursos, atienden a todo... menos a eso...

Uno de los tópicos con que so nos ha obsequiado siempre ha sido con la cacareada democracia, tal como aquí se quiere entender, y aún hoy se dice que ganamos... El pueblo que hace un siglo gritaba: ¡vivan las caenas! y ¡viva el rey absoluto! no podía pedir otros gobernantes que Fernando VII con Calomarde y Chamorro; al pueblo que con descaro vendía su sufragio tenía su legítima representación en la cánsaga parlamentaria. "Nunca un pueblo estuvo tan legítimamente representado", continúa el sabio profesor. Ciertamente hubo casos de honradz ciudadanos, pero fueron escasísimos, y como en buena democracia impera la mayoría, la mayoría imperó en el antiguo régimen...

No sé si España tiene "vitalidad" suficiente para sufrir una transformación, no me inclino a favor ni en contra de tal predicado... Los contrarios hacen observar que llevamos más de tres siglos de decadencia cuya obra pesa tanto sobre nosotros que probablemente no podremos soportarla. Otros dicen que tras una interventoria enérgica podrá salvarse... Pero también a éstos se puede contestar recordando las profecías de Spengler, e incluir a España dentro de su afirmación general: la aparente prosperidad que se alcance por el cesarismo, no será sino el anuncio de la bancarrota, como el esplendor del imperio en Roma, fué el antecedente inmediato de la ruina del imperio de los Césares... Como las ideas de Spengler en este punto son sólo meras hipótesis, cabe tomarlas o rechazarlas; desde luego son discutibles...

El primer paso en la obra salvadora, será procurar la regeneración de caracteres y a ello tendrá que atender ante todo el Directorio. Se ha hablado mucho de responsabilidades, pues si es necesario exigir a los demás, no lo es menos que a todos nos invade el sentimiento de la propia responsabilidad... A todos, altos y bajos... Es hora de que salgamos ya los españoles de la inconsciencia casi secular en que parecemos sumidos; sólo entonces podremos ensayar una España en que se hable y se cante menos, y se trabaje más, y... ¡más seriamente...!

A los esfuerzos de buena voluntad sumemos cada uno nuestro esfuerzo en todas las empresas y acciones, así públicas como privadas y sólo cuando este idealismo, este "quijotismo"—¡eh, nuestro señor Don Quijote!—esté en nosotros, podremos redimirnos.

J. VÁZQUEZ NARANJO.

Madrid-Enero-1924.

## PAJARITAS DE PAPI

### LOS QUINTOS

Mozos del actual reemplazo que entráis mañana en sorteo, en el que "sacar" buen número es vuestro único deseo, y todos, por conseguirlo, seguidos añejas manías, hacéis promesas, ex votos y otras muchas tonterías, como son, robar el niño que el «cenobita paduano» sentado suele tener en la palma de la mano, o fieles a los consejos de las personas sesudas, a las doce de la noche ir a rezar a San Judas, sin pecar de que son vanos vuestros trabajos, porque alguien ha de cargar con los números más bajos, y si todos implorais de los Santos protección, se verán los "pobres", "negros" ante tanta petición...

Este desmedido afán por eludir el servicio de las armas, me parece que a veces peca de vicio, porque no yendo a Marruecos, como tropas combatientes (cosa que a decir verdad

tiene pocos alicientes) la permanencia en la «milita» no es ya cosa indeseable; antes al contrario, tiene algún momento agradable... Son abundantes y sanas las comidas cuarteras, aunque se encuentran de carne como muchas cupietas; mas si hay alguno que el rancho sustancioso no le peta, que se lo diga al túnel y le dara una "chuleta". Las camas suelen ser duras, lo que una ventaja tiene, que aunque son molestas, cumplen los preceptos de la higiene, pues más de un sabio higienista, solemnemente asegura, que el que quiera vivir sano duerma siempre en cama dura; mas luego, los que hacen estas rotundas afirmaciones, duermen en mullido lecho con «somier» y dos colchones... Los cuatro primeros meses algo trabajosos son, pues se los pasan los quintos aprendiendo la instrucción; pero una vez "instruidos" y jurada la bandera, ya se llevan los soldados una vida de primera; con poquísimo trabajo y sin preocupaciones,

disfrutando de agradables y módicas expansiones, presumiendo de Tenorios con criadas y niñeras las que, loquitas perdidas por sus caras sandungueras, les dan cariño y tabaco, y les sirven de pareja en los bailes democráticos de la Fuente de la Teja, y cuando llega del «Santo» la fiesta populachera, van a columpiarse juntos a la clásica "Pradera". Si hay alguno que despunta por hábil y diligente, no faltará un Oficial que lo elija de asistente, y como hoy está el servicio doméstico tan escaso, tendrá que fregar, barrer y todo lo que haga al caso, pues hasta si es necesario, le servirá de "ama seca" a algún niño pequeñito... Por consiguiente, el sorteo no os debe preocupar; la los veinte años no hay nada que nos haga vacilar; y habrá algún viejo que os diga, ocurren y oportuno: ¡quién entrara en esta quinta aun cuando sacase el uno...!

TOMÁS ALMODOVAR.